

Vivir en silencio: El valor de ser tú mismx

Por Zaira Anahí García Ruiz

LITERATURA

Imagina despertar cada día con una ausencia. No es que falte algo afuera, sino dentro: una parte de ti que decides esconder antes de salir al mundo. La guardas con cuidado, como quien protege un secreto frágil, no por vergüenza, sino por miedo. Miedo a la mirada que juzga, a la palabra que hierde, al gesto que excluye. Vivir así es caminar con el peso invisible de lo que no se dice, de lo que no se muestra, de lo que no se permite ser.

Para muchas personas LGBTQ+, esa no es una metáfora: es la vida cotidiana. Es aprender a medir cada palabra, a vigilar cada gesto, a corregir el impulso natural de ser. Es sonreír cuando se quisiera gritar, asentir cuando se quisiera disentir, fingir cuando lo único urgente es existir con verdad. Y, sin embargo, el mundo sigue girando como si nada, como si esas pequeñas renunciadas no dejaran huella. Pero la dejan. Siempre la dejan.

Pero hay algo que resiste. Incluso en el silencio más hondo, algo insiste en salir a la luz. Porque ser una misma no es una elección caprichosa: es una necesidad vital. Y en ese gesto —el de reconocerse, el de nombrarse, el de sostenerse aun con miedo— hay una forma profunda de valentía. Una valentía que no siempre se ve, pero que transforma. Que abre grietas en lo establecido. Que le dice a otras: aquí hay un lugar posible.




Pero hay algo que resiste. Incluso en el silencio más hondo, algo insiste en salir a la luz. Porque ser una misma no es una elección caprichosa: es una necesidad vital. Y en ese gesto —el de reconocerse, el de nombrarse, el de sostenerse aun con miedo— hay una forma profunda de valentía. Una valentía que no siempre se ve, pero que transforma. Que abre grietas en lo establecido. Que le dice a otros: aquí hay un lugar posible.

Tal vez el cambio empieza ahí, en lo mínimo: en aprender a mirar sin prejuicio, en escuchar sin prisa, en dejar de corregir lo que simplemente es distinto. En entender que la diversidad no es una amenaza, sino una forma más de la vida. La inclusión no se proclama: se practica, se cuida, se construye todos los días.

Cada palabra puede ser herida o refugio. Cada gesto puede cerrar o abrir un mundo. En esa elección cotidiana se juega mucho más de lo que parece: se juega la posibilidad de que alguien deje de esconderse.

Ojalá llegue el día en que nadie tenga que vivir en silencio para ser aceptadx. Un día en que habitar no implique miedo, en que el amor no necesite permiso, en que cada persona pueda existir sin fragmentarse.



Hasta entonces, que no nos falte la ternura para sostenernos, ni el coraje para nombrarnos. Al final, ser unx mismx —a pesar de todo— sigue siendo el acto más honesto, y también el más poderoso.